

## Memoria de guerra

LUC CAPDEVILA<sup>1</sup>

Université Rennes 2-Haute Bretagne

### RESUMEN

Este artículo trata la relación de la sociedad francesa a lo largo del siglo veinte con la memoria de las diferentes guerras en que ha participado, fundamentalmente la Gran Guerra, la Segunda Guerra Mundial y Argelia. Se analizan fenómenos específicamente franceses como Vichy, el alcance real de la Resistencia o las implicaciones de la guerra de Argelia y la descolonización para la integración de las minorías en Francia, pero al mismo tiempo la comparación con las experiencias históricas de otros países occidentales recibe una atención privilegiada.

**Palabras clave:** Memoria de guerra; memoria colectiva; lugares de la memoria.

### ABSTRACT

This article considers the relationship of French society along the XXth century with the memory of the different wars it which the country was involved (mainly the Great War, Second War World and Algeria). Specific French phenomena such as Vichy, the real meaning of the Résistance or the implications of the Argelian war and the decolonization for the integration of minorities in France are considered, but at the same time the comparison with the historical experiences of other Western countries receive wide attention.

**Keywords:** War memory; collective memory; lieux de la mémoire.

¿Cómo recuerdan las sociedades contemporáneas sus guerras? La cuestión de « la memoria colectiva de la guerra » se ha planteado por los historiadores desde finales de los años setenta<sup>2</sup>. En particular los trabajos centrados en la memoria de la primera y segunda

---

1 Este trabajo se publicó originariamente en francés en *La Mémoire. Le Temps des savoirs, revue interdisciplinaire de l'Institut universitaire de France*, n° 6, Paris, Odile Jacob, 2003. Agradecemos las facilidades prestadas por su coordinador Denis Rolland. Traducción del francés de Miguel Cabo Villaverde.

2 A. Prost, *Les Anciens Combattants et la société française 1914-1939*, tome 3 “ Mentalités et idéologies ”, Paris, PFNSP, 1977.

guerras mundiales se ocupan esencialmente del análisis de las prácticas sociales (ritos funerarios, conmemoraciones, organizaciones de ex-combatientes, acciones políticas, prácticas de enseñanza...) y de las producciones culturales (publicaciones diversas, canciones, cine, televisión, monumentos, manuales escolares, museos...)³. Más raramente, y también más recientemente, a menudo por el sesgo introducido por las entrevistas orales, ha sido la sustancia misma de la memoria de una población la que ha sido estudiada⁴. Sea cual sea el punto de vista –o su escala– adoptado para estudiarlo, el recuerdo del pasado guerrero del siglo XX se presenta doloroso, emocional y pasional tanto para los individuos como para los grupos y colectividades nacionales.

La singularidad del episodio bélico favorece este sufrimiento. Traumatizante, pero al mismo tiempo intensamente exótica, la trayectoria guerrera marca las vidas para siempre al tiempo que convierte en compleja su transmisión: en gran parte impronunciable, la experiencia de la guerra es también a menudo inaudible. Las graves transgresiones impulsadas por los campos de batalla, y por los contextos extremos de fortísima agresividad, conducen a memorias conflictivas: la necesidad de testimoniar choca con el reflejo de reprimirla; la inaceptabilidad intrínseca a la coyuntura guerrera colisionando *a posteriori* con la búsqueda de sentido; la diversidad de los traumatismos causada por la extensión del campo de batalla a la sociedad en su conjunto dañando la formación de un consenso sobre la lectura que conviene dar al acontecimiento; las diferencias culturales entre las generaciones enturbiando las razones para recordar.

Pensemos en las mujeres rapadas durante la Liberación. Durante los días de la Liberación una gran mayoría de los franceses liberados y de los resistentes se han reunido en torno a este acto de depuración⁵. Sin embargo, muy pronto una dinámica de rechazo se ha llevado consigo este episodio. Al olvido imposible le ha sucedido la pérdida de sentido; el restarle importancia al castigo; la reducción de la acusación de colaboración a lo sexual; la denuncia de las violencias populares y la estigmatización de los “resistentes del último momento” compusieron el primer estrato de la memoria de esta página de la Resistencia y la Ocupación. Después, la mención de este episodio por parte de los historiadores se convirtió en tabú hasta los años ochenta, a riesgo de *ensuciar* la memoria de la Resistencia⁶, hasta finalmente aparecer como emblemático de la Liberación en los años noventa⁷.

3 Cf. J. Winter y E. Silvan (dir.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

4 Cf. C. Mauss-Copeaux, *Appelés en Algérie. La parole confisquée*, Paris, Hachette, 1998; pour le Cône sud, cf. A. Garcia Castro, “Où sont-ils?” *Comprendre une intrigue. La permanence des disparus dans le champ politique chilien: enjeux mémoriels, enjeux de pouvoir (1973-2000)*, thèse de sociologie, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 2001.

5 F. Virgili, *La France “virile”. Des femmes tondues à la Libération*, Paris, Payot, 2000.

6 Cf. M.-F. Brive “L’image des femmes à la Libération”, en el coloquio de Toulouse de 1985, en R. Treppe (dir.), *La Libération dans le midi de la France*, Toulouse, ed. Eché, 1986.

7 Cf. La portada del libro de F. Rouquet, *L’Épuration dans l’administration française*, Paris, CNRS, 1993; o la ilustración de nuestro propio artículo en E. Morin-Rotureau (dir.), *1939-1945: Combats de femmes. Françaises et Allemandes les oubliées de la guerre*, Paris, ed. Autrement, 2001. En ambos casos la elección de las ilustraciones ha corrido a cargo de los editores en contra de la opinión de los autores.

Pensemos igualmente en la manifestación del FLN [Frente de Liberación Nacional, n. del T.] del 17 de octubre de 1961 brutalmente reprimida por la prefectura de policía de París. Mientras que este drama tuvo una fuerte repercusión en el momento en que se produjo, rápidamente su evocación se convirtió en inaudible para la gran mayoría<sup>8</sup>. Las referencias furtivas a esa época cuando “los argelinos eran arrojados al Sena” ya no encontraban eco en la sociedad francesa de los años sesenta y setenta<sup>9</sup>. Pierre Vidal-Naquet ha relatado cómo, participando en un coloquio sobre la tortura organizado por la Corte de Casación en 1972, su evocación del “pogrom anti-argelino del 17 de octubre de 1961” no dio lugar a la menor reacción en la sala<sup>10</sup>. Inaudible, reprimida, olvidada en los años sesenta y setenta, esta tragedia ha pasado a convertirse en obsesiva en los años ochenta y noventa. Estas reapariciones del recuerdo de mujeres rapadas y de manifestantes argelinos arrojados al Sena se corresponden asimismo con transformaciones de la sociedad francesa y con la evolución de sus retos: una sociedad donde por un lado las más equilibradas relaciones hombre/mujer, o por el otro el desarrollo del multiculturalismo, favorecen la extensión de la memoria pública a otros componentes de la colectividad nacional.

¿Por qué y cómo recordar la guerra? ¿Qué experiencia transmite? ¿A quién conceder la autoridad para hablar de ella? Todas estas cuestiones han sido debatidas al terminar los conflictos. La gravedad de los acontecimientos, los sufrimientos padecidos y el sentimiento de haber participado en un destino colectivo han llevado a las poblaciones a adoptar estrategias para perpetuar la memoria de las guerras. No obstante, en el transcurso del siglo XX las relaciones que la sociedad francesa ha mantenido con su pasado belicoso han experimentado grandes variaciones. La naturaleza política de los diversos conflictos y su sentido histórico, de la guerra de 1914-1918 a la de Argelia, no son los únicos elementos que explican dichas modificaciones, sino que han intervenido otros factores originados por los cambios culturales en las relaciones con la guerra y con la tragedia. Mientras que para las generaciones anteriores el campo de batalla constituía el horizonte de un pasado próximo y de un futuro posible, la guerra se ha convertido en una realidad completamente ajena para la mayor parte de la población.

Ahora bien, no siempre ha sido así, los grupos nacionales han podido y siguen pudiendo mantener relaciones más consensuadas, menos enfrentadas, con su pasado guerrero. Es por ello que resulta necesario detenerse antes de nada en las dinámicas culturales que han llevado a las sociedades occidentales a invertir en la construcción de una memoria colectiva de los conflictos. Esta primera incursión en el siglo XX nos conducirá a continuación, a través el caso francés, a las cuestiones de la transmisión y de la recepción de las experiencias de la guerra a partir de la gran cesura que constituyó la Primera Guerra

8 B. Stora, *La Gangrène de l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie*, Paris, La Découverte, 1991.

9 Cf. El prefacio de Simone de Beauvoir en G. Halimi, *Djamila Boupacha*, Paris, Gallimard, 1962, p.1; F. Maspéro, “CRS = SS”, en *Partisans*, n° 42, mayo-junio 1968, p. 259.

10 Entrevista con fecha 12 de enero de 2001 realizada por H. Uguen, *La Manifestation algérienne du 17 octobre 1961 dans la mémoire collective française*, memoria de licenciatura, Rennes2-CRHISCO, 2001, p. 52.

Mundial, para finalmente interrogarnos sobre las modificaciones actuales de los modos de transmisión entre generaciones.

### **“POR LA MEMORIA DE LOS MUERTOS Y EL RESPETO DE LA HISTORIA...”<sup>11</sup>**

La formación de la memoria pública de la guerra se ha realizado inicialmente a través de la prolongación de las prácticas y los rituales funerarios en honor a los muertos en el campo del honor. Las exequias señalan concreta y simbólicamente el final de las batallas. Representan así la ruptura cronológica entre el tiempo del combate y el del apaciguamiento que sirve de referencia a la organización de las primeras ceremonias conmemorativas. Desde el siglo XIX el culto a los muertos ha inspirado la planificación de los rituales (misa, procesión, depósito de una corona, discurso...) y ha puesto su sello sobre los monumentos conmemorativos de los conflictos (sepultura militar, monumento a los muertos, placa mortuoria, día de aniversario...). Sin embargo, mientras que en el siglo XIX las sociedades rendían homenaje a las grandes figuras nacionales: los oficiales, los jefes políticos, los “mártires” legendarios, poco a poco las conmemoraciones han extendido el culto del recuerdo a la masa de los “valientes” muertos en defensa de la patria, hasta que en el siglo XX se ha extendido a todas las víctimas de los conflictos.

En efecto, la construcción social de la memoria colectiva de la guerra es el producto de la negociación entre los poderes públicos (civil y militar), que aspiran a la transmisión de una enseñanza aprendida bajo el fuego, y el resto de la sociedad dispuesta, o no, a recibir esa experiencia. Igualmente, la historia del culto a los muertos, que ha estructurado las conmemoraciones, es al mismo tiempo la de la democratización y las dinámicas identitarias de las sociedades que llevan, al hilo de las celebraciones, a deslizarse desde el homenaje a los héroes nacionales hasta el de los sacrificados corrientes, como los soldados desconocidos a partir de 1920, primero en Francia e Inglaterra y después en el conjunto del mundo occidental. Finalmente, a lo largo del siglo XX, los dispositivos de la memoria pública han integrado progresivamente a todos los componentes de la sociedad: las mujeres, los civiles... mientras que los grupos específicos han exigido y obtenido su singularización dentro del ambiente conmemorativo, como ha sucedido con los judíos (sobre todo a partir de los años sesenta en Francia), los gitanos, los afroamericanos, las poblaciones colonizadas, los amerindios, los emigrados, los exiliados, los extranjeros en tránsito, más recientemente los homosexuales, etc.

El culto a los muertos y la organización de una memoria colectiva de la guerra –que descansaba hasta los años sesenta en gran parte sobre las conmemoraciones– han participado del proceso de construcción nacional. Han resultado de la influencia creciente

---

11 Cf. El titular de *Une de L'Ancien d'Algérie*, n° 403, enero de 2002, uno de los periódicos de los antiguos combatientes de las guerras de África del norte. El editorial trataba la conmemoración de los cuarenta años de los acuerdos de Évian.

del sentimiento de pertenencia a una comunidad de destino. Al honrar a sus muertos, las comunidades de los vivos celebran los grandes momentos que parecen verificar la realidad de la entidad nacional. Desde ese momento, las guerras internacionales, incluso las guerras civiles, ocupan un lugar privilegiado en la memoria colectiva puesto que se supone que prueban que la nación existe. La celebración de los muertos de la guerra, dotando a las naciones modernas de un panteón de santos cívicos inscritos en los martirologios o en los libros de oro, honra a aquellos del grupo que han dado su vida para asegurar su perpetuación, sellando así la filiación entre los sobrevivientes en luto y las víctimas del sacrificio.

El culto a los muertos nacionales como fundamento del dispositivo conmemorativo se remonta –para las culturas occidentales contemporáneas– a finales del siglo XVIII y principios del XIX, en el momento en el que se han organizado sociedades con un sentimiento nacional afirmado. Por añadidura, el desarrollo de las guerras entre naciones, estando la mayoría movilizadas e implicadas en los enfrentamientos, ha hecho que los individuos hayan experimentado el sentimiento de estar asociados a un destino colectivo. En Francia, y con carácter más general en Europa, este proceso data de las guerras revolucionarias y napoleónicas; en los Estados Unidos está inscrito precozmente en la Revolución americana<sup>12</sup>; más tardíamente se verifica en el Cono sur, a principios del siglo XIX paralelamente al desarrollo de las corrientes nacional-populistas en dicha región<sup>13</sup>.

De este modo, a escala occidental, y de acuerdo con variaciones regionales, un mismo proceso se ha ido engranando desde principios del siglo XIX, los grupos nacionales honrando a los muertos en la guerra en el marco de ceremonias conmemorativas. Más tarde los poderes públicos se han hecho cargo de la conservación de las sepulturas militares, respondiendo a la demanda de sociedades patrióticas como la *Grand Army of the Republic* creada en 1866 en los Estados Unidos, o la *Souvenir Français* a partir de 1885. Si la memoria de los muertos ha acompañado los ritos conmemorativos desde inicios del siglo XIX en Francia, Alemania o los Estados Unidos, es en la segunda mitad de ese siglo que el mobiliario funerario –empezando por la identidad de los muertos (los cenotafios), luego los restos físicos de sus despojos (las sepulturas, los osarios y los cementerios)– toma importancia en el desarrollo de las ceremonias: tras 1870 en Francia, en Estados Unidos en el transcurso de la guerra de Secesión (1861-1865). En resumidas cuentas, a partir del primer conflicto mundial, el mobiliario funerario ha organizado el espacio del ritual conmemorativo, estando entonces las ceremonias marcadas por dos o tres estaciones: la iglesia (sistemática en los países practicantes), el monumento a los muertos, las tumbas de los soldados.

---

12 Cf. G. K. Piehler, *Remembering War the American Way*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1995.

13 Pensemos en las corrientes culturales que se han afirmado en la prolongación de conflictos internacionales que afectaron a esta parte del subcontinente y estructuraron el sistema regional a finales del siglo XIX y principios del XX: la guerra de la Triple Alianza que opone al Paraguay frente a la coalición brasileña, argentina e uruguayá entre 1865 y 1870; la guerra del Pacífico entre Chile y la alianza peruano-boliviana (1879-1883) y la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935).

Hasta el primer conflicto mundial, a iniciativa de los poderes públicos y de las sociedades patrióticas, en las conmemoraciones pero también a través de la literatura y las canciones, el mobiliario funerario vehiculaba una memoria heroica de la guerra. En Francia, al igual que en el sur de los Estados Unidos, en Paraguay o en Perú<sup>14</sup> se ensalzaba a los guerreros con ocasión de esas manifestaciones como “gloriosos vencidos” a los cuales rendía homenaje este poema publicado tras la guerra de 1870-1871:

“¡Dormid en paz, allá lejos, bajo esta tierra  
Que vuestro brazo defendió valientemente!  
Dormid... Francia guarda en su corazón de madre  
El recuerdo de vuestro sacrificio.  
Y el país del que vosotros sois la gloria,  
Ese querido Poitou que fue vuestra cuna  
Ha honrado, mediante el bronce, la memoria  
De aquellos de sus hijos que no tienen tumba<sup>15</sup>”

La celebración de los “valientes” era entonces igualmente la regla entre los vencedores. Ahora bien, a partir de 1918 el sufrimiento y la muerte han marcado las conmemoraciones en las democracias liberales, con el duelo cívico y el recogimiento sucediendo al desfile. La Primera Guerra Mundial ha señalado una ruptura profunda en las relaciones que los occidentales mantienen con la guerra. Esta vez, la construcción social de una memoria colectiva de las trincheras a dado lugar a un debate público que ha atravesado el conjunto de la sociedad.

## LOS MEANDROS DE LA TRANSMISIÓN

El proceso de construcción nacional en el siglo XIX ha favorecido la militarización de las sociedades europeas, al tiempo que reforzaba el culto a la guerra y las mitologías de la virilidad del campo de batalla. Desde entonces, las culturas occidentales han conservado los valores aristocráticos del combate extendiéndolos al conjunto de la población masculina<sup>16</sup>. En Francia, el servicio militar, convertido en obligatorio al terminar la guerra de 1870-1871 y la instrucción primaria, también esta obligatoria desde 1881, fueron los potentes agentes de la difusión de esos modelos de virilidad. En 1914, la guerra era más que nunca un lugar de gloria y de honor para el género masculino.

14 G. Borrás, “La guerre du Pacifique et la chanson”, ponencia presentada al coloquio *L'Amérique et le Pacifique* organizado por el *Laboratoire Interdisciplinaire de Recherche sur les Amériques* (LIRA-Rennes2), 2000.

15 Extracto de J. Philippe, “Gloria Victis !Aux mobiles des Deux-Sèvres”, en *Union des Femmes de France, Almanach pour 1885*, Niort, ed. A. Boureau, 1885, p. 30.

16 G. L. Mosse, *L'Image de l'homme. L'invention de la virilité moderne*, Paris, ed. Abbeville, 1997.

El primer conflicto mundial altera por completo este sistema de valores. Esta nueva guerra de la era industrial, por la movilización de medios de destrucción sin precedentes, por la muerte en masa infligida, ha transformado el campo de batalla en un lugar de mutilación, de aniquilación, de pura brutalidad. Pierre Drieu La Rochelle escribía en *La Comédie de Charleroi*: "... demasiada chatarra. Nos mata [...] no es una guerra para guerreros<sup>17</sup>". Acusando a las "leyendas" de la guerra de haber sembrado los estereotipos heroicos del campo de batalla en las mentalidades, Jean-Norton Cru ha denunciado los clichés del cuerpo a cuerpo, de la lucha, del combate singular. Él recuerda que la guerra moderna reducía el combate a la artillería: ya no hay ni héroes ni caballeros, sino solamente víctimas y verdugos, sobre todo víctimas<sup>18</sup>. El proceso de totalización responsable de esta hecatombe ha sido alimentado por la movilización general: ocho millones de hombres en total en Francia, la gran mayoría de los cuales conoció directamente el frente. Asimismo, al terminar el conflicto, en cuanto los veteranos han aspirado a dar testimonio de su tragedia y a transmitir su experiencia de fuego, formaron una masa enorme: los 6 450 000 combatientes supervivientes de las trincheras representaban en Francia en 1918 uno de cada seis franceses; una masa enorme y organizada: un veterano de cada dos estaba afiliado en una asociación de ex-combatientes a finales de la década de los veinte. En 1930, todavía entre un 42 y un 45% de los hombres adultos habían sido movilizados en el transcurso de la Gran Guerra<sup>19</sup>. Además disponían de un ascendente psicológico considerable. El resto de la sociedad estaba dispuesta a escucharles, puesto que como decía Clemenceau, aquellos que habían hecho la guerra "tenían derechos sobre nosotros".

¿Cómo hablar de la guerra? Incluso en el transcurso del conflicto los combatientes se hacían la misma pregunta. Algunos escritores habían comenzado a responder a ella. Así, Maurice Genevoix y Henri Barbusse a través de la novela cedían la palabra a sus camaradas de trinchera, haciéndoles expresar con sus propias palabras sus penalidades. Sin embargo, en la inmediata posguerra la sociedad francesa había conservado el imaginario heroico de la gloria del campo de batalla con ocasión de los desfiles militares y de las "fiestas de la Victoria".

"Un desfile peripuesto,  
Cepillado, barnizado, contento: salido,  
fresco y alegre, de las botas de los cuarteles<sup>20</sup>."

Estaba aquí presente la inercia de los antiguos sistemas de representación, los de la cultura patriótica del siglo XIX, y todavía más el mantenimiento del discurso de la

17 P. Drieu La Rochelle, "Le lieutenant de tirailleurs", en *La Comédie de Charleroi*, Paris, Gallimard, 1934.

18 J.-N. Cru, *Du Témoignage*, Paris, Gallimard, 1930.

19 A. Prost, *Les Anciens Combattants 1914-1918*, Paris, Gallimard, 1977, p. 73.

20 L. Durtain, "14 juillet 1919", dans *Le Retour des hommes*, Paris, Gallimard, 1920, p. 73.

movilización más allá del armisticio del 11 de noviembre de 1918. Hasta 1921-1922, el imaginario heroico y belicoso ha seguido presente en las ceremonias oficiales y en los manuales escolares, es decir, en todo aquello que participaba del dispositivo público de memoria del acontecimiento.

Los ambientes combatientes se han rebelado contra esta negación de la memoria. Frente a la gloria, a la victoria y a los héroes, la mayoría quería que se recordasen los dolores de los soldados, que se celebrase el armisticio, es decir, el final de los combates, y que se honrase a los muertos, “las víctimas del más grande Sacrificio”<sup>21</sup>. Eran pues sus vivencias y sus sufrimientos los que querían transmitir y los que no encajaban en la ideología nacional de la salida de la guerra, ni con los mitos guerreros conservados en un primer momento por la jerarquía militar y los poderes públicos. Su masa, su organización, sus numerosos resortes entre la clase política y las elites culturales les permitieron imponer sus representaciones.

En el campo de las conmemoraciones lograron apropiarse y reorientar la lectura del ambiente mnemónico, en particular al imponer –en 1922– que el 11 de noviembre se convirtiese en fiesta nacional (es decir un día festivo exclusivo consagrado a su memoria) y luego asegurando la organización de las ceremonias de recuerdo. En ese preciso momento se realizaba una parte importante de la transmisión, en particular mediante la participación de los niños en edad escolar. Se les confiaba la colocación de coronas al pie de los monumentos y de las sepulturas, y todavía más la misión de responder “presente” en el momento de la invocación a los muertos, uno de los momentos más intensos del ritual. Los maestros se movilizaron para revisar los contenidos de los libros escolares y obtuvieron su modificación<sup>22</sup>. El congreso del *Sindicato Nacional de Maestros* (SNI) de 1926 aprobó 28 manuales. Así, el libro de historia Gautier -Deschamp (Hachette), conservando la ideología heredada de la guerra evocaba el tratado de Versalles, en su edición de 1924, mediante una ilustración cuya leyenda celebraba “la paz gloriosa” y presentaba el tratado de paz con Alemania como “la inexorable ley de la expiación”. Los editores las reemplazaron 1926 por gráficos sobre el número de muertos en cada país, acompañados por una recapitulación sobre los objetivos perseguidos por la Sociedad de Naciones (SDN)<sup>23</sup>. En los ambientes de la cultura, de la literatura al cine, de las décadas de los veinte y los treinta, la guerra conformaba el horizonte constante de toda creación<sup>24</sup>. ¿Era necesario hablar de ella? Ciertas corrientes literarias, como los surrealistas, insistían en los años veinte en la necesidad de dejar de representar la guerra con el fin de condenarla a desaparecer: para evitarla, el mejor medio era olvidarla. A otra escala, el consejo municipal de Trélazé, en la periferia de Angers, se opuso en diciembre de 1920 a que un monumento a los muertos

---

21 Appel à la manifestation du 11 novembre 1921, première page du journal *Le Combattant*, Tarbes (Haute-Pyrénées) n°3, 10 novembre 1921.

22 O. Loubes, *L'École et la patrie. Histoire d'un désenchantement 1914-1940*, Paris, Belin, 2001.

23 *Ibid.*

24 R. Hesse, *Le Livre d'après guerre et les sociétés de bibliophiles 1918-1928*, Paris, Grasset, 1929.

fuese erigido en el territorio municipal<sup>25</sup>. Entre los argumentos esgrimidos, los concejales creían que “los monumentos a los muertos sirven en Francia para alimentar el odio contra los alemanes; en Alemania para alimentar el odio contra los franceses. Desembocan pues en la creación de nuevas semillas de guerra”. Del mismo modo Gaston Clémendot, sindicalista del SNI, preconiza en 1924 el fin de la enseñanza de la historia: “Si queremos realmente la paz, si queremos que la guerra no acabe con la humanidad, nuestro primer deber es olvidar el pasado [...] El olvido es la primera condición para el desarme de los odios, la primera condición de la paz. Y la historia es lo contrario del olvido”<sup>26</sup>.

Esta estrategia ultra-pacifista del olvido era minoritaria. La masa de los veteranos trabaja para que la sociedad recuerde, para que los muertos sean honrados, para que se rinda homenaje a su sacrificio y para que sea recordado cuán cruel era la guerra, con la esperanza de prevenir así eventuales conflictos futuros. El ánimo general en el seno de los ambientes de ex-combatientes era que hacía falta dar testimonio. Junto a las iniciativas de Henri Barbusse, de Maurice Genevoix, de Roland Dorgelès y de tantos otros, que habían tomado la pluma en el nombre de sus camaradas, se produjo paralelamente la reflexión historiográfica y metodológica de Jean-Norton Cru sobre el valor del testimonio como prueba<sup>27</sup>. La idea dominante en aquellas fechas era que no solamente los veteranos debían dar testimonio, sino más aún, que sólo ellos tenían autoridad para hablar de la guerra con la autoridad de su experiencia.

Los años treinta, con el ascenso de diversas amenazas, asistieron a la consolidación de los discursos sobre la guerra<sup>28</sup>. En lo sucesivo, serían raros aquellos que se negasen a hablar de ella, incluidos los que habían preconizado el olvido a principios de los años veinte<sup>29</sup>. Tras la era del testimonio en los años veinte, mediante la ficción y con las palabras más crudas los escritores diseccionaban la guerra en tanto que experiencia humana. Era otra tentativa para difundir imágenes realistas del campo de batalla. Pero como ha escrito Bernanos, “aquellos momentos fueron nuestros, nada más que nuestros, nuestros hasta tal punto, que la memoria era casi siempre impotente para conciliarlos de nuevo con la trama de la vida”<sup>30</sup>. El propio Jean-Norton Cru había afirmado que un exceso de horrores y de componentes macabros debilitaban el valor documental del testimonio. De hecho, la experiencia transmitida era edulcorada: entre la multitud de los testigos son raros los que confiesan haber matado.

---

25 Archivo municipal de Trélazé (Maine-et-Loire), actas del consejo municipal, reunión del 18 de diciembre de 1920.

26 G. Clémendot, “Faut-il enseigner l’histoire?”, julio 1924, p.8.

27 J.-N. Cru, *op.cit.* Cf. C. Prochasson, “Les mots pour le dire: Jean-Norton Cru, du témoignage à l’histoire”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, n°4, 2001.

28 M. Rieuneau, *Guerre et révolution dans le roman français 1919-1939*, Klincksieck, 1975; L. Riegel, *Guerre et littérature*, Klincksieck, 1978.

29 Cf. L. Aragon, “Beautés de la guerre et leurs reflets dans la littérature”, *Commune*, diciembre 1935.

30 G. Bernanos, *Les Grands Cimetières sous la lune*, Paris, Plon, 1938, p. 191.

## LAS INTERFERENCIAS DE LA RECEPCIÓN

Desde los años veinte a los treinta, los ambientes de ex-combatientes se organizaron y actuaron para difundir su experiencia en el campo de batalla. Ésta había venido marcada por los sufrimientos, los traumatismos, la muerte en masa. Son dimensiones que han sido legadas al resto de la sociedad y a las nuevas generaciones; la hegemonía de la memoria de las trincheras llevaban a sumergir en el olvido público a los otros grupos implicados en la guerra que hubiesen podido a su vez proponer una experiencia: los civiles de los territorios invadidos, los prisioneros, los de la retaguardia, etc<sup>31</sup>. Así, en el curso del período de Entreguerras, las representaciones colectivas de la guerra han sido calcadas sobre las del imaginario del combatiente. Los vectores de la propagación fueron la producción cultural de los veteranos (literatura, cine), el encuadramiento social (las conmemoraciones, la escuela) y la filiación familiar. Por capilaridad, la experiencia del combate ha sido transmitida según la subjetividad de la víctima, la legitimación del patriotismo defensivo y la sensibilidad macabra de las trincheras. El mensaje dirigido y recibido por la gran mayoría era que la guerra sólo había causado víctimas, de ellas la primera el combatiente. La visión realista del campo de batalla era así mutilada. La violencia en sí misma no era casi nunca mencionada, ni siquiera sugerida. De este modo, las nuevas generaciones han sido educadas en el temor a la conflagración al tiempo que honraban la valentía de sus padres.

Estas imágenes eran muy fuertes en la víspera del segundo conflicto mundial, ellas formaban el esquema de lectura del conflicto precedente (la Gran Guerra) y guiaban la acogida de los acontecimientos bélicos contemporáneos: la guerra civil española o la invasión de Polonia en septiembre de 1939. La violencia recibida y los sufrimientos soportados eran en lo sucesivo mostrados, pero siempre desde la perspectiva de la víctima, como en las fotografías de Robert Capa. La memoria de los veteranos de las trincheras había terminado por convertirse en la memoria colectiva de las nuevas generaciones. Se captaba en los relatos y las cartas de los combatientes con motivo de la movilización de septiembre de 1939, a aquéllos les obsesionaba la experiencia de los *poilus*<sup>32</sup>. Los combatientes de 1939-40 han marchado al frente ya con la nostalgia del hogar, con el pavor al asalto al viento y la obsesión mezclada con la resignación de deber revivir aquello que sus padres les habían transmitido.

La transmisión de la experiencia bélica del primer conflicto mundial ha concentrado una serie de características que no se encuentran más adelante. Se trata para empezar de la propia memoria de las trincheras, en otras palabras la de un grupo potente en condiciones de traspasar una vivencia homogénea al resto de la sociedad. En segundo lugar es una memoria victimista de la guerra, en la que la violencia rara vez mencionada o mostrada restaba legítima desde el momento en que se edificaba sobre el patriotismo defensivo.

31 A. Becker, *Oubliés de la Grande Guerre. Humanitaire et culture de guerre. Populations occupées déportés civils prisonniers de guerre*, Paris, Noësis, 1998.

32 *Peludos*, denominación popular para referirse a los soldados de infantería de la Gran Guerra (n.del t.).

Finalmente, entre 1919 et 1939 la filiación directa entre las generaciones ha sido posible.

Los dos conflictos siguientes no han reunido esas condiciones, lo que ha favorecido las interferencias en la recepción. Los mayores obstáculos para la construcción de una memoria colectiva consensuada de la Segunda Guerra Mundial fueron la extensión del campo de batalla a toda la sociedad (campana de Francia, éxodo, resistencias, deportaciones, requisas del STO, bombardeos) y la crisis política y de identidad que marcan la Ocupación (Vichy, la colaboración, la pasividad calculada y la adaptación de la mayoría<sup>33</sup>. La diversidad de las experiencias ha conllevado la fragmentación de los proyectos de memoria colectiva, con las divergencias entre las trayectorias de unos y otros bajo la Ocupación llevando a la fragmentación de los proyectos de memoria colectiva, ya que las divergentes trayectorias de unos y otros bajo la Ocupación conducían a la agudización de los conflictos de memoria y a hacer más complejo el recuerdo de lo sucedido dos o tres generaciones más tarde<sup>34</sup>. Sin embargo, hasta el inicio de los años sesenta, los ambientes de la Resistencia y los de la deportación lograron imponer su proyecto de memoria colectiva en el espacio público. Transmitieron una experiencia de guerra de élite, pero accesible, con los combatientes de la sombra como depositarios de una identidad mixta que combinaba el rostro heroico del guerrero con la cara dolorida de la víctima, la silueta viril del *maquisard* con la sombra fantasmal del deportado.

De ahí que doce años después de la Liberación, en el momento de ser movilizados los reclutas y reservistas para Argelia llevaban consigo la experiencia resistente<sup>35</sup>. Las siguientes palabras que Noël Favrelière dirigía a un partisano del FLN en el momento de desertar, resultan muy representativas: “no hacía más que soñar con heridas y magulladuras: son la guerra y las proezas de los resistentes las que me metieron todas esas tonterías en la cabeza”<sup>36</sup>. Esta dimensión fue un factor traumático suplementario para un buen número de combatientes en Argelia. Su vivencia estaba en completa contradicción con los sistemas de valores y el imaginario de guerra ligados a la Resistencia. Desde el momento en que para los poderes públicos los “acontecimientos de África del norte” representaban una derrota política e histórica, que para el grueso de los tres millones de reclutas su experiencia no tenía un sentido heroico, que para los demás actores (repatriados, militares de carrera, harkis<sup>37</sup>, musulmanes...) su memoria de Argelia ha permanecido exclusiva de su identidad de grupo, que los franceses del hexágono fueron moralmente poco movilizados durante el conflicto, el episodio argelino no ha encontrado su lugar en la memoria colectiva<sup>38</sup>. La

33 P. Laborie, *L'Opinion française sous Vichy*, Paris, Seuil, 1990; P. Burrin, *La France à l'heure allemande 1940-1944*, Paris, Seuil, 1995.

34 H. Rousso, *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, Paris, Seuil, 1990; en colaboración con E. Conan, *Vichy un passé qui ne passe pas*, Paris, Fayard, 1994.

35 C. Mauss-Copeaux, *op.cit.*

36 N. Favrelière, *Le Désert de l'aube*, Paris, éd. de Minuit, 2000 (1960 para la primera edición), p. 166.

37 Militar indígena de África del norte alistado como auxiliar, en una milicia llamada “harka” (n. del t.).

38 J.-P. Rioux (dir.), *La Guerre d'Algérie et les Français*, Paris, Fayard, 1990; A. Prost, “The Algerian War in French collective memory”, en J. Winter y E. Sivan (dir.), *op.cit.*, p. 161-176.

abundancia editorial y el desarrollo de la memoria científica no han permitido fijar representaciones colectivas duraderas sobre el conflicto. Por ejemplo en el transcurso de mi docencia, cuando pregunto inesperadamente a grupos de estudiantes de todas las disciplinas qué imágenes o qué palabras les vienen a la mente cuando se evoca la Primera Guerra Mundial, de entrada responden individualmente “poilu” o “trinchera”. La misma pregunta para la Segunda Guerra Mundial produce dudas y da lugar a una gran variedad de respuestas que se declinan a través de los temas de la Resistencia, los campos y la deportación, las penurias de la vida cotidiana y finalmente y de manera ambivalente el tema de las ofensivas aliadas: el desembarco de Normandía, los bombardeos, Hiroshima... . Cuando llegamos a la guerra de Argelia, lo más frecuente es un prolongado desconcierto para la mayor parte de ellos, seguido de la incapacidad para la mitad de la clase de formular una respuesta, salvo si en los días precedentes a la sesión los medios de comunicación han tratado la tortura o el sufrimiento de los veteranos de “la guerra sin nombre”.

Transformaciones políticas y culturales han interferido en los marcos de transmisión para el caso de la guerra de Argelia; ¿qué sentido darle a la guerra?

Por razones políticas e identitarias, pero también en razón de la dificultad de los medios de los ex-combatientes para imponer una relación de fuerza, los poderes públicos han tardado en dotar a la sociedad de un dispositivo conmemorativo, “caso único en la historia militar, esta no-guerra, oficialmente, desemboca en un no-aniversario<sup>39</sup>”. Quince años después de los acuerdos de Évian, y sin que el día elegido tenga un sentido conmemorativo, el 16 de octubre de 1977 un soldado desconocido caído en África del Norte ha sido inhumado en la necrópolis nacional de Notre-Dame-de-Lorette. Con todo, ha sido necesario esperar hasta 1999 para que los “acontecimientos de Argelia” se convirtiesen oficialmente en “una guerra”, mediante la inauguración en presencia del Subsecretario de Estado para los Antiguos Combatientes de una placa dedicada a los “muertos por Francia durante la guerra de Argelia” bajo el Arco de Triunfo. Del mismo modo, sólo en 1998 el gobierno ha decidido la creación de un memorial de la guerra de Argelia. Cuarenta años después de la firma de los acuerdos de Évian, no se ha alcanzado un acuerdo sobre la elección de un día conmemorativo. Por lo demás, desde los años sesenta las conmemoraciones ya no son más que un vector marginal de la transmisión. Desde entonces, la memoria colectiva se ha visto favorecida por una pluralidad de actores, entre los cuales los medios de comunicación ocupan un lugar fundamental<sup>40</sup>.

La cuestión planteada es la del por qué y el como de un incremento de los recuerdos públicos de Argelia desde finales de los años 80, a partir de dos temas recurrentes de fuerte resonancia en el seno de la sociedad francesa: el de la victimización del contingente y el de los excesos cometidos por el cuerpo expedicionario sobre los nacionalistas argelinos.

---

39 J.-C. Jauffret, *Soldats en Algérie 1954-1962. Expériences contrastées des hommes du contingent*, Paris, Autrement, 2000, p. 339.

40 Cf. Sondeo realizado en mayo de 1990 con la pregunta “¿Por qué medio ha aprendido usted más sobre la Ocupación y la liberación de Francia?” la respuesta que le venía a la mente a aquellos que tenían entre 18 y 44 años era “por la televisión”. Publicado en *Le Monde* del 14 de junio de 1990.

Pues lo que inquieta de estos mares de fondo de la memoria argelina, es la integración del contingente y las poblaciones musulmanas, que encuentran un lugar en las representaciones colectivas por intermedio de los excesos cometidos por el cuerpo expedicionario francés, en particular por la tortura.

El refuerzo de la presencia de los antiguos combatientes en el espacio público –reicientemente reconocidos como tales por el poder público– es antes de nada el resultado de cuarenta años de militancia de las asociaciones, progresivamente consolidadas por la llegada a la edad de jubilación de los reclutas de ayer, que les impulsa a afiliarse. Para un ejército sin gloria, en un momento en que se debilitan los valores heroicos de la guerra, la inserción del contingente en la memoria colectiva está a punto de ser posible por la vía de su victimización, pero no en razón de la violencia recibida, sino a la vista del choque inducido por el acto de guerra mismo: el trauma producido por la violencia ejercida. El reconocimiento de las enfermedades neurológicas consecuencia del trauma bélico encuentra un sentido en la memoria colectiva por el medio del sufrimiento. En cuanto a los excesos cometidos con los musulmanes permitirían la apertura de un espacio para las poblaciones inmigradas en la memoria nacional.

Desde entonces, la guerra de Argelia perdería su sentido político en beneficio de un sentido psicológico, a partir del cual los diferentes actores llegarían a dotarse de un nicho en la memoria pública. A través de la cultura antropofágica amplificada por los medios de comunicación de masas, donde cada uno sale al escenario y se da al consumo, la transmisión ha sido desde entonces permitida<sup>41</sup>. Ésta ha encontrado un eco todavía más favorable que conjuntamente con el alejamiento de las guerras del horizonte desde los años ochenta y más todavía desde el final de la guerra del Golfo, en el seno del mundo occidental se ha afirmado una corriente cultural que aspira a explorar los campos de batalla desde el punto de vista íntimo, a través de las tragedias individuales y los gestos de violencia, a los cuales las películas de Steven Spielberg *Salvar al soldado Ryan* y *La delgada línea roja* de Terrence Malick trataban de aportar elementos de respuesta.

Esta aspiración a “reencontrar la guerra”<sup>42</sup> está fijando provisionalmente la memoria de la guerra de Argelia sobre la tortura, al tiempo que favorece la producción de “testimonios” sobre este tema de antiguos combatientes numerosos y en lo sucesivo estereotipados. Así, gracias a los medios de comunicación de masas, cuanto más la guerra de Argelia se ha convertido en un desafío de la memoria ruidoso a iniciativa de los actores que desean dejar sus huellas, más éstas son captadas y reorientadas según las expectativas reales o supuestas de las nuevas generaciones; la tortura en Argelia se ha convertido en una experiencia de guerra muy singular que transmitir.

41 Cf. En particular el reportaje realizado por P. Rothman sobre las violencias extremas en Argelia, constituido esencialmente a partir de los testimonios de una treintena de reclutas, *L'Ennemi Intime*, France3, marzo de 2002. Piénsese también en el testimonio publicado por el general Aussaresses, *Services spéciaux Algérie 1955-1957: Mon témoignage sur la torture*, Paris, Perrin, 2001.

42 Cf. S. Audoin-Rouzeau y A. Becker, *14-18. Retrouver la guerre*, Paris, Gallimard, 2000.

Desde el siglo XIX la memoria pública de los conflictos ha evolucionado desde el homenaje rendido a los valientes hasta la celebración de las víctimas. La hecatombe de 1914-1918 y el genocidio de los judíos de Europa han formado los acontecimientos matrices de la inversión de las representaciones colectivas de la guerra al invertir los puntos de vista, desde el de la violencia infligida al de la violencia recibida. Esta evolución de las sensibilidades con respecto al combate, de la brutalidad, de la muerte, es el fruto de la transmisión de las experiencias de fuego de las generaciones sucesivas, civiles y militares confundidos. Del veterano de las trincheras al *maquisard*, de los hombres y las mujeres bombardeados al recluta en Argelia superado por las violencias militares, la imagen del guerrero no ha dejado de vacilar, ni de debilitarse los resortes del compromiso ciudadano del soldado, la brutalidad combatiente perdiendo toda referencia a las palabras “gloria” y “honor”. De ahí que hoy en día, para legitimar una acción militar, los servicios de comunicación de los ejércitos proyectan representaciones de inversión de la realidad: “guerra limpia”, “guerra humanitaria”, “bombardeo quirúrgico”, “soldados de la paz”, “daños colaterales”, etc., al tiempo que blindan los sistemas de información<sup>43</sup>. A base de no ver ya la verdadera guerra, es sin embargo la exigencia de verla cara a cara la que manifiestan hoy en día un manojo de sensibilidades historiográficas, cinematográficas y museográficas<sup>44</sup>. Del *Capitaine Conan*<sup>45</sup> al soldado Ryan o al *Enemigo Íntimo* son los recuerdos de las trincheras, del desembarco o de Argelia los que resurgen, participando de la aspiración de algunos a des-irrealizar los conflictos contemporáneos.

---

43 En el transcurso de la guerra del Golfo en 1991, los sistemas de información controlados por los ejércitos occidentales alimentaron a los equipos de prensa con imágenes de donde había sido eliminada toda referencia a la muerte del adversario. Marcel Trillat, corresponsal de Antenne 2, relata que antes de permitir a los periodistas acreditados entrar en Khafji, donde se habían producido violentos combates, los militares estadounidenses habían limpiado sistemáticamente las calles, retirando los cadáveres e incluso los mismos casquillos. Citado en M. Collon, *Attention Medias! Les médicaments du Golfe. Manuel anti-manipulation*, Bruxelles, EPO, 1992, p. 132.

44 Cf. la exposición sobre los crímenes de la Wehrmacht quien circulo en Alemania en 1996, ver el catálogo *Vernichtungskrieg Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*, Hambourg, éd. Hamburger, 1996; a partir de planteamientos diferentes, el Musée d’Histoire Contemporaine ha organizado en 2001 en París una exposición fundamentalmente didáctica sobre las fotografías del campo de batalla (de la guerra de Crimen a la de Kosovo). Remitimos al catálogo, Musée d’Histoire Contemporaine/BDIC, *Voir ne pas voir la guerre*, Paris, éd. Somogy, 2001.

45 Cf. la película de Bertrand Tavernier, *Capitaine Conan*, 1996, que trata del final de la guerra de 1914-18 en los Balcanes a través de la experiencia de un «limpiador de trincheras».